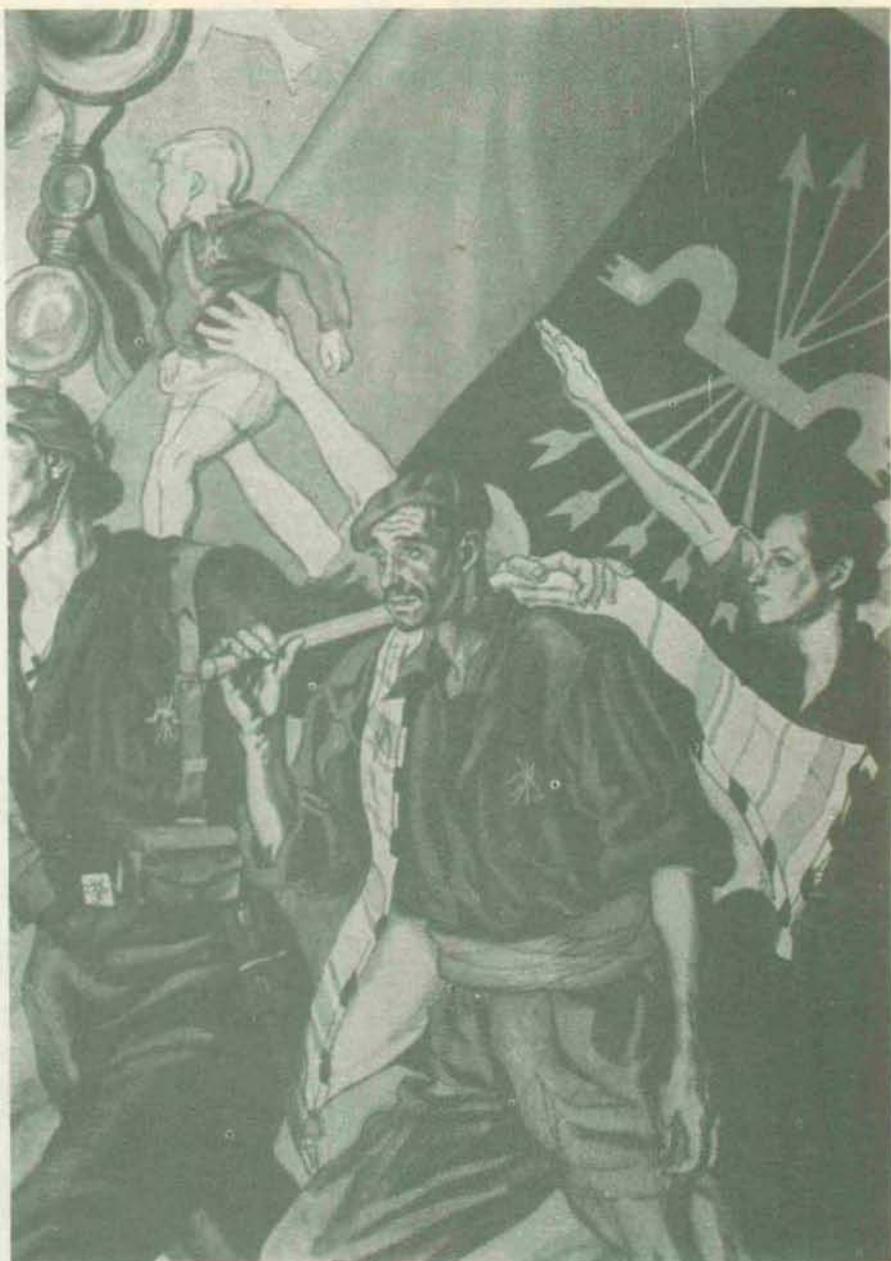


El texto que hoy publico en *TIEMPO DE HISTORIA* forma parte de una investigación mucho más extensa que, por ello, no puede tener cabida en estas páginas. De ahí la necesidad del subtítulo de este trabajo que, por deducción, anuncia, al menos, unas «segundas» proposiciones teórico-concretas. En todo caso, si decido dar a la imprenta el siguiente estudio, es porque en las páginas que pueden leerse a continuación ya se ponen de relieve algunas de las líneas fundamentales de mis análisis sobre la cuestión de las ideologías franquistas (es importante subrayar desde el principio la pluralidad de tales sistemas ideológicos).

Los católicos conservadores, los falangistas, los monárquicos —alfonsinos y carlistas— y los militares ligados a estos grupos y a las clases económicamente dominantes, componen los subsistemas que se encuentran en los orígenes del franquismo y en el desarrollo de la dictadura. (Dibujo de Sáenz de Tejada para la revista «Vértice».)



1. Observaciones metodológicas

Considero que la Historia se estudia de manera científica llevando a buen término el desarrollo de tres líneas investigadoras: A) la de los hechos **principales**; B) la del análisis de esos hechos; y C) la de su teorización política global en cada formación socio-económica (pero no «encerrada» en sí misma). Digo bien A), B) y C) y no 1, 2 y 3 porque no sólo deben desarrollarse, sino que esas investigaciones han de **interpenetrarse** al mismo

tiempo. Esto es, no hay que dar prioridad **absoluta** a ninguna de esas dinámicas en la profundización de los significados históricos.

Insisto en ello ya que, salvo pocas excepciones, sigue haciéndose una «Historia» en que A) se limita a la simple relación cronológica de los acontecimientos, con el agravante de que, si pasa al nivel B), sus análisis son superficiales, y en el C) suele ser muy reducida o de escasas luces

—ocultando así la dialéctica de los propios hechos— la teorización de las tensiones, acciones y luchas de clases en cada una de las esferas fundamentales (económica, política e ideológica) (1) de una sociedad, y en su interdeterminación.

Es más, en A), cuando quiera darse una visión «événementielle» (2) amplia, debe distin-

(1) Ya que escribiré a menudo juntos los conceptos «económico, político e ideológico», propongo abreviarlos en la sigla EPI; de la misma manera, a fin de aligerar el lenguaje, cada uno de esos conceptos se transforma en E, P e I, o en sus combinaciones, por ejemplo IP.

(2) ¿Qué traducción dar de «événementielle»?

Las ideologías franquistas

-Primeras proposiciones-

Sergio Vilar



En el franquismo, el elemento ideológico personal - jefe juega un papel tan importante como en el fascismo y en el nazismo, pero diferente. Franco actúa en cuanto factor decisivo para la articulación de los subsistemas políticos ultraconservadores de las clases dominantes españolas. Su papel esencial es el de aglutinador.

guirse lo que son hechos principales de lo que son sucesos secundarios, poco significativos o de significación que empieza y termina en una coyuntura (corta). En Historia nos interesa sobre todo el estudio de aquellos acontecimientos **constitutivos** —y asimismo, por otra parte, **transformadores**— de **estructuras** y de **relaciones** entre **bloques clasistas**. Esto es, sobre todo hemos de investigar los elementos que

tielle»? Por lo general, en Francia somos muchos los historiadores que damos un sentido despectivo a ese término al referirnos a aquellos textos históricos que se limitan a relacionar los «événements» (acontecimientos).

forman las **constantes** en períodos de **larga duración**.

En diversos libros se da también otro fenómeno (A) que, junto a la tendencia «évènementielle» reducida a sí misma, pueden producirse deformaciones que van contra el rigor de la interpretación histórica. Se trata de la tendencia «monografista» centrada **herméticamente** en una sola zona de la realidad. La dificultad de resolver este problema radica en que, hasta cierto punto, tal tendencia es necesaria: las monografías cumplen con una función imprescindible para entender, en

cada una de sus **partes**, el **conjunto** de una formación social. Los estudios sectoriales sobre lo E, lo P y lo I asimismo pueden hacerse, porque cada uno de esos niveles tiene una **autonomía relativa** respecto a los otros, pero esos estudios monográficos deben hacerse **teniendo en cuenta** implícitamente en todo caso, y lo más explícitamente siempre que sea posible, **que existen interinfluencias** entre esas estructuras.

En B) son igualmente muchas las obras que caen en preocupantes deformaciones históricas, al limitar los análisis a

una formación nacional **aislada**. En tales textos a veces se subrayan como **diferenciales** aspectos que son **comunes** a otros países; o al revés: se pretende **generalizar** hechos que son **peculiares** de tal nación o tal otra. De tal modo se crean confusiones y asimilaciones absurdas. Contra estas aproximaciones erróneas al estudio de la Historia existe un remedio practicado (al menos en Francia) cada día más por historiadores, sociólogos y científicos de la política: el **análisis comparativo** entre formaciones sociales a fin de poner de manifiesto las cuestiones que son **específicas** y aquellas que muestran rasgos **transnacionales**.

En C) es preciso desarrollar la teoría política estrictamente ajustada a las cuestiones que se desea esclarecer. La aplicación —o la creación— de conceptos teóricos debe hacerse tomando en consideración las anteriores observaciones metodológicas. Porque para diversos historiadores (entre ellos algunos españoles) no está —¡todavía!— suficientemente claro qué es, por ejemplo, **capitalismo**, o **revolución burguesa**, o **fascismo**, o **franquismo** (en estos últimos casos la ignorancia es más grave, porque para estudiar lo que son los sistemas fascistas no sólo pueden analizarse múltiples documentos, sino pulsar las propias vivencias, los recuerdos colectivos de los fenómenos sociales).

1.1. LA TEORÍA POLÍTICA Y LA HISTORIA, COMO FUNDAMENTO

Para quien esto escribe, la teoría política es la síntesis de los procesos históricos, o dicho de otro modo, la teoría política no puede ser rigurosa más que partiendo del estudio del mo-

vimiento de la Historia en los niveles que ya he indicado.

En lo económico hay que clarificar, sobre todo, las contradicciones entre los capitales agrario, industrial y bancario; los procesos de formación del capital financiero; el grado de monopolización; y el tipo de relaciones y de dependencias con el imperialismo.

En lo ideológico no sólo ha de observarse un «sistema de ideas» sino un «conjunto de prácticas materiales» (3), de rituales que se refieren directa o indirectamente a las otras esferas, en especial a los aparatos del Estado que son organizadores-difusores (o/y que cumplen con funciones de interferencia) de las ideologías correspondientes a unas y a otras clases sociales.

Lo político (síntesis específica de los otros niveles: E, I) tiene la primacía en los procesos de transformación histórica. La práctica política superdetermina las tensiones entre clases. El contenido político de la lucha de clases es el elemento decisivo porque forma, condiciona o cambia el tipo de Estado. Ahora bien, todo ello no siempre ocurre así. Porque en unos y en otros países a veces se producen fenómenos de crisis política, **crisis de dirección hegemónica**.

El Estado no es, subrayémoslo con los clásicos y con quienes enriquecen el marxismo de hoy, una «cosa» neutra, al margen o por encima de las contradicciones clasistas. El Estado es un **resultado** de la lucha de clases, y en el seno de cada institución se reflejan y se reproducen las relaciones de poder, aunque desde él domine una determinada clase. A ello añado, particular-

(3) Nicos Poulantzas: «Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui». Editions du Seuil, Paris, 1974, págs. 19 y 75.

mente en lo que concierne al Estado español contemporáneo, que la burocracia política y su red de **clanes** y de **camarillas** tienen con frecuencia preponderancia y autonomía respecto a las clases **económicamente** dominantes (4).

1.2. SOBRE ESTA CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS

Partiendo, pues, de la advertencia inicial acerca de estas primeras proposiciones, y de algunos de los principales puntos metodológicos sugeridos, **empiezo** el estudio del franquismo y de sus sistemas políticos **subordinados**. A fin de que el rigor de mis propuestas teóricas no caiga sobre su propio autor, repito que, dada la limitación de espacio de una revista, aquí es imposible aplicar la metodología apuntada al análisis concreto de conjunto. Por tales imperativos, me centro en el estudio de una parte (I) primordial de la edificación «política» del Estado español a partir de un **sector** de las fuerzas armadas, de la ideología que dimana de su **jefe** y de las ósmosis que se producen con los antiguos subsistemas políticos ultraconservadores.

Esta contribución se limita, en el tiempo, a los **orígenes** del franquismo, a partir de los enfrentamientos durante la II-República, y a la **primera etapa** de la dictadura.

(4) Para el conjunto de estas proposiciones teóricas y análisis concretos, ver mi «Dictature militaire et fascisme en Espagne. Origines, reproduction, luttes» (Thèse de doctorat 3ème cycle Université de Paris, novembre 1974.) (Las Editions Anthropos, de Paris, publican la edición francesa de esta tesis. Las Ediciones Península, de Barcelona, publican la versión castellana.)

2. El elemento ideológico-jefe, clave de la formación de la ideología de las clases dominantes

En la formación de las ideologías fascistas y militaristas existen elementos personales —ligados al «Duce», al «Führer» o al «Caudillo»— que no han sido estudiados sistemáticamente, y cuyo análisis me parece decisivo para comprender algunos laberintos de las prácticas políticas dictatoriales.

Estos elementos personales son, indirectamente, la **expresión última** de la grave crisis política de las clases económicamente dominantes, incapaces de generar una **tendencia hegemónica** con la que conquistar, sin violencia armada, el consensus de las clases dominadas.

Togliatti puso de relieve los contenidos heterogéneos (5)

(5) «Le fascisme italien, huit leçons de Palmiro Togliatti», en «Recherches internationales», n.º 68 (3.º trimestre 1971), p. 12: «La ideología fascista con-

de la ideología fascista, al subrayar sus aspectos **cambiantes**. Ahora bien, como Togliatti habla del fascismo como «cemento» que sirve para uniformar los elementos dispares de los subsistemas ideológicos de las fracciones de la gran y pequeña burguesía, no tiene en cuenta el **fenómeno centralizador**, aspecto que, a mi juicio, desarrolla una función clave en la **organización** de tal heterogeneidad.

El carácter abigarrado de esos subsistemas no encuentra su rumbo articulador ni la vía de

tiene una serie de elementos heterogéneos (...) Sirve para soldar diversas corrientes en la lucha por la dictadura sobre las masas trabajadoras y para crear con ese fin un amplio movimiento de masas. La ideología fascista es un instrumento creado para realizar esos elementos (...) Os pongo en guardia contra la tendencia a considerar la ideología fascista como una cosa sólidamente constituida, terminada, homogénea.»

su desarrollo homogéneo en una abstracción ideológica (el fascismo), la cual no es más que la «suma» de todo ello (pero cuyos elementos permanecen autónomos y **podrían seguir dispersándose**). Esos elementos se imbrican y llegan durante algunas etapas a la fusión, pasando de corrientes fluctuantes a una formación relativamente sólida, **gracias precisamente** a lo que yo propongo conceptualizar como **el elemento ideológico personal-jefe**, gracias al **culto** que se rinde al «Duce» (o al «Führer», o al «Caudillo», etc.), culto que él y su camarilla además **imponen**, gracias a que el jefe y los sub-jefes tienen (arrogándose por la **fuerza**) la capacidad de transformar sus **órdenes** en «ideas».

La ideología fascista —hablo aquí especialmente del caso italiano— no es, de una manera absoluta, algo **sistemático** y **anterior** al jefe, sino que por el contrario, el elemento personal de éste contribuye decisivamente a su estructuración.



En España, la burguesía se organiza en y a partir de las instituciones paralelas de la Iglesia. Al día siguiente de la proclamación de la II República, el dirigente de la Acción Católica Nacional de Propagandistas, Angel Herrera (sentado, en el centro), solicita ya la organización de «las fuerzas dispersas» de las «derechas españolas».

Sabemos bien que este aspecto personal está disfrazado y «orquestado», y que detrás de tales individualidades —Mussolini, Hitler, etc.— se encuentra, en los orígenes, la banda armada, que va transformándose en partido «político» (con la ayuda del capital financiero), en organización policíaca y en Estado totalitario. Pero esta conclusión es el resultado de investigaciones y análisis. Algo muy diferente es la mentalización y la actitud de las masas impregnadas de fascismo: por supuesto, no «ven» ninguno de los aspectos negativos de tal proceso de formación estatal, puesto que practican esta ideología como una **fe** —cuando menos con elevadas dosis de irracionalidad—, o como un **fanatismo de tipo medieval**. Podemos considerarlo así por los aspectos **oscurantistas, tradiciona-**

listas, emotivos y racistas que las masas proyectan en torno a tales jefes, hasta el extremo de **sacralizarlos**.

En el franquismo, el elemento ideológico personal-jefe juega un papel tan importante como en el fascismo y en el nazismo, pero **diferente**. Mientras que en Italia (hacia 1922 y hasta 1943) y en Alemania (hacia 1933 y hasta 1943) la ideología fascista dominó grandes sectores de la pequeña burguesía y de la clase obrera, en España la ideología franquista y la de sus subsistemas (aunque he de matizarlo más en las páginas siguientes) se han difundido más bien de una forma limitada a los grandes propietarios terratenientes y a la burguesía bancaria, comercial e industrial, y por supuesto en el conjunto de la burocracia política (en el Estado y en sus

instituciones complementarias: Iglesia, sectores de la Prensa y de la radio, etc.). La burocracia franquista está compuesta, evidentemente, por numerosos representantes de la pequeña burguesía y de otros sectores de trabajadores, pero el fenómeno es diferente del italiano y alemán. El proletariado español y la pequeña burguesía de las zonas urbanas (sobre todo en Cataluña) no sólo no se dejaron «ideologizar» por el franquismo y los subsistemas políticos de apoyo, sino que lucharon contra ellos (principalmente en 1936-39) y han seguido combatiendo hasta la actualidad, más que ningún otro pueblo, contra las diversas versiones del fascismo y de las ideologías ultrautoritarias.

Sin embargo, esos hechos —que demuestran la buena «salud» ideológica de una gran parte de nuestro pueblo— no han impedido la **larga duración** de Franco a la cabeza del Estado, como un nuevo **monarca absoluto**, incluso **contra la voluntad**, en unas etapas o/y en otras, de diversos representantes y núcleos de los subsistemas políticos que le llevaron al poder.

De ahí que sea necesario recordar analíticamente los contenidos de tales corrientes políticas y el proceso histórico durante el que se manifestaron, para observar la parte primaria (fundacional) que cada una de ellas ha tenido en la formación del franquismo.

Ello nos permitirá estudiar más adelante la función del elemento ideológico-jefe en los procesos de: promoción al o-y/ eliminación del / poder utilización / reducción de los representantes de tales partidos y grupos, hasta que algunos de ellos, en las últimas etapas, han pasado a oponerse a la dictadura.



Como queda patente en este cartel editado por «Acción Popular» —partido clerical integrado en la CEDA—, sería esta última organización, dirigida por Gil Robles, la principal fuerza contrarrevolucionaria de cuantas se originaron durante la II República. Su oposición al Frente Popular de 1936 terminaría, sin embargo, en un fracaso completo.



Ministro de la Guerra durante una etapa del llamado «bienio negro», Gil Robles (aquí rodeado por varios de los generales que se sublevaron el 18 de julio de 1936) fue el hombre que ayudó a la organización de los jefes militares «africanistas», colocándolos en los puestos decisivos del Ejército, especialmente a Franco como jefe del Estado Mayor Central.

3. Introducción a los subsistemas

Los católicos conservadores, los falangistas, los monárquicos (alfonsinos y carlistas) y los militares ligados a estos grupos y en general a las clases económicamente dominantes, componen los subsistemas que se encuentran en los orígenes del franquismo y en el desarrollo de la dictadura. Ahora bien, aunque existe **identificación y ósmosis** (en lo fundamental), sobre todo en la primera etapa, entre tales subconjuntos ideológicos, el franquismo y el tipo de Estado que crean, **no deben confundirse** unos con otros, ya que unos y otros continúan funcionando, a la vez, de manera autónoma. Tampoco deben asimilarse unos subsistemas con otros, aunque haya que

poner de relieve la articulación —e incluso el fuerte entrelazamiento— de sus principales contenidos: las densas dosis **integristas y fascistas**, en germinación cada vez más violenta durante la II República hasta generar la sublevación de **una parte** de las Fuerzas armadas.

A fin, pues, de acentuar la claridad histórica, conviene que estudiemos con independencia metodológica cada uno de los subsistemas.

3.1. LA IGLESIA Y LA CEDA

La primera etapa de la reorganización política de las clases económicamente domi-

nantes durante la II República, aunque se hace a partir de la Iglesia, muestra pronto también los elementos fascistas y militaristas. Ahora bien, esta etapa se articula con un segundo momento de organización en el seno de las Fuerzas armadas (donde se encuentran asimismo los otros elementos, integristas y fascistas) y con un tercer momento: el de la formación del partido fascista.

En lo que se refiere al «partido católico» en España, el proceso muestra algunos rasgos que se parecen, en sus orígenes, a la formación y luego a la desaparición del Partido Popular en Italia.

Tal como veremos a continuación en España, ese partido italiano no es más que una «transformación» de la Acción Católica, que es la verdadera organización de masas



Los grupos fascistas no alcanzan verdadera importancia en España hasta octubre de 1933, cuando José Antonio Primo de Rivera —en la imagen, con Ruiz de Alda, Fernández Cuesta y otros «camaradas»— pronuncia el discurso de fundación de la Falange en el madrileño Teatro de la Comedia, y se convierte en el federador de todos los grupúsculos existentes.

de la Iglesia (6), sin que aparezca como tal, a causa de los diferentes momentos durante los cuales el uno y la otra son utilizados. La Acción Católica es la estructura permanente (orgánica) que funciona mientras en la sociedad no se plantean problemas estrictamente políticos. Cuando éstos se agravan en períodos de crisis, la Iglesia crea una estructura coyuntural, el Partido, para contestar directamente, pero

(6) Hugues Portelli: «Gramsci et la question religieuse». Editions Anthropos, Paris, 1974, p. 189: «La Iglesia debe optar por un encuadramiento permanente confiado a una verdadera organización de masas, que controla estrechamente: la Acción Católica. Es lo que Gramsci traduce en términos políticos afirmando que la Acción Católica es el verdadero partido de la Iglesia.»

tal formación coyuntural desaparece cuando el Vaticano considera que sus intereses están a salvo.

El Partido Popular Italiano, creado en 1919, tiene una vida corta: después de haber constituido la masa-apoyo del Gobierno de Giolitti (1920) y facilitado el asalto al poder de Mussolini, el PPI reduce su influencia al ritmo que el Vaticano pacta con los fascistas. Cuando la Santa Sede ha podido no sólo frenar las actitudes anticlericales de Mussolini, sino obtener del Estado fascista importantes privilegios financieros e ideológicos, el PPI está condenado a desaparecer. Entonces la Acción Católica italiana vuelve a tomar impulso.

En España, la burguesía se organiza en y a partir de las instituciones paralelas de la Iglesia. Al día siguiente de la proclamación de la II República, el dirigente de la Acción Católica Nacional de Propagandistas, Angel Herrera, futuro cardenal durante el franquismo, solicita la organización de «las fuerzas dispersas» de las «derechas españolas» (7). Herrera ya había estado en el origen de la fundación del Partido Social Popular —imitación española del Partido de Luigi Sturzo—, partido frustrado durante la dictadura de Primo de Rivera. Son los hombres-clave de ese partido

(7) Oscar Alzaga: «La primera democracia cristiana en España». Ediciones Ariel, Barcelona, 1973, pág. 306.

los que fundan, después de varios ensayos, la CEDA. A partir de 1933, este partido, según el programa aprobado por su congreso, «se atenderá siempre a las normas que en cada momento dicte para España la jerarquía eclesiástica, en el orden político-religioso» (8). Su dirigente es una persona de confianza de Herrera, José M.^a Gil Robles, cuyas tendencias autoritarias son conocidas, y que está fuertemente influido por Dollfus y por Hitler (Gil Robles fue invitado al congreso del Partido Nazi, en Nuremberg, en septiembre de 1933). Al mes siguiente, Gil Robles afirma: «Tenemos que ir hacia un Estado nuevo. Incluso si hay que derramar sangre. Cuando llegue el momento, si el Parlamento rehusa inclinarse, nosotros le arreglaremos las cuentas» (9).

Los militantes de este partido, que utilizaban lemas como «¡Todo el poder para el Jefe!», y «¡Jefe, Jefe, Jefe!» (o sea «Duce, Duce, Duce») (luego vendría el «¡Franco, Franco, Franco!»), eran grandes propietarios agrarios de Andalucía, pequeños y medianos propietarios de Castilla y León, y algunos comerciantes de Valencia. La CEDA, por otra parte, recibía ayudas económicas de los monárquicos y —en particular— de algunos sectores del capital financiero.

En suma, la CEDA es, durante la II República, el principal partido contrarrevolucionario. Gil Robles, en tanto que ministro de la Guerra durante una etapa del «bienio negro», es el hombre que ayuda a la organización de los jefes militares africanistas, colocándolos en los puestos decisivos, especialmente a Franco, que se convierte en Jefe del Estado

Mayor Central: así pueden avanzar en sus planes para destruir la democracia burguesa republicana.

3.2. UN SECTOR DE LAS FUERZAS ARMADAS (10)

La primera serie de hechos que facilitan la organización «política» de las clases económicamente dominantes en el seno de un sector de las Fuerzas Armadas, es su carácter tradicional: la constante de los pronunciamientos seguía latente en un sentido corporativo.

Por la continuidad de las guerras coloniales, el aparato central del Estado había llegado a ser muy fuerte; además, el Ejército español de Marruecos constituía una especie de «Estado» en el interior de la propia institución militar. Por su número y por su fuerza, la plétora de militares constituía una amenaza implícita para la debilidad de la vida política democrática y debido a los vacíos institucionales característicos de España, desde el siglo XIX hasta esos momentos.

La segunda serie de hechos que abren el camino a la sublevación, está en la suma de simplismos antimilitaristas, torpezas y utopismos en los que caen los dirigentes republicanos a la hora de realizar una reforma democrática del Ejército, reforma evidentemente necesaria (11). Estos

(10) Hay que subrayar que en julio de 1936 sólo una parte del Ejército se subleva contra la II República.

(11) Sobre las reacciones que la reforma provocó entre los militares, S. G. Payne, en «Los militares y la política en la España contemporánea», pág. 239, da opiniones que reflejan bien los hechos: para los militares no era un problema lo que Azaña había hecho, sino su manera de hacerlo. «El dirigente republicano carecía totalmente de tacto político y se vanagloriaba por haber sido capaz, como él mismo dijo, de 'triturar' al Ejército.»

dirigentes pequeño-burgueses —particularmente Manuel Azaña—, que ya habían «conseguido» exasperar la cuestión religiosa dejándose llevar por la provocación del cardinal Segura, se crean de nuevo un conflicto —innecesario en la primera etapa de la II República— con los militares, que acababan de aceptar pacíficamente el establecimiento del régimen democrático. A partir de ese momento, incluso los generales que, a su manera, habían facilitado la proclamación de la II República —como Sanjurjo, Director general de la Guardia Civil—, o que no se habían opuesto —como Mola—, pasan a conspirar contra el sistema republicano.

Las dos series de hechos se desarrollaban en favor de algunos generales monárquicos, como Orgaz, Ponte y Cavalcanti, que empiezan a viajar por España a fin de entrar en contacto con otros militares, aunque en principio sin gran éxito, y empiezan a recibir ayudas de tipo financiero (dadas por Juan March y por diversos monárquicos).

Esos generales establecen también relaciones con los fascistas italianos (12), y la conspiración se amplía gradualmente (13). Durante el mes de julio de 1932, Sanjurjo se entrevista con varios oficiales y al fin decide subrearse el 10 de agosto, lo que resulta un fracaso (14), entre otras razo-

(12) Alfonso XIII, exilado en Roma, iba a facilitarles varias entrevistas con el mariscal Balbo.

(13) Incluso el jefe del Estado Mayor de ese momento, el general Godeá, entra en la conspiración. Pero, por el momento, la mayoría de los oficiales en activo no se comprometen.

(14) Los militares intentan apoderarse del Ministerio de la Guerra, pero no lo consiguen. En Sevilla, la sublevación fue contraatacada por los manifestantes de la huelga general a que llamaron los sindicatos. Entre los militares hubo 9 muertos. Sanjurjo fue condenado a muerte y, sucesivamente, a cadena perpetua y am-

(8) Op., cit., pág. 308.

(9) A. London: «Espagne». Editeurs Français Réunis, París, 1966, pág. 87.

nes porque ciertos militares que habían prometido apoyar la rebelión, entre ellos Franco, en el último momento dan marcha atrás. A pesar de ello, el complot, cada vez más articulado con las clases económicamente dominantes, continúa en expansión dirigido por el teniente coronel Valentín Galarza. A finales de 1933, los conspiradores crean una organización secreta, la UME (Unión Militar Española) (15), pero el verdadero y decisivo centro de la preparación del «alzamiento» de 1936 es, como ya he sugerido, el ministerio de la Guerra, dirigido por Gil Robles, desde mayo de 1935 (16).

En pocas palabras, Gil Robles es el político elegido por la Iglesia para reorganizar el bloque de las clases dominantes, sea mediante el partido (CEDA), sea a través del sector ultra de las Fuerzas Armadas. Al término de esta etapa, concretan cada vez más claramente que la «solución» van a buscarla utilizando la fuerza. Los planes de Gil Robles y de Franco se desarrollan en este sentido (17). Un hombre colabora estrechamente con ellos, Ramón Serrano Suñer, dirigente de las JAP (Juventudes de Acción Popular, la organización juvenil de la CEDA), y conocido «cuñadísimo» del general Franco.

Un primer plan de sublevación militar se hace durante la

nistiado; 144 oficiales fueron deportados a Villa Cisneros (Río de Oro).

(15) La UME está dirigida en primer lugar por un coronel retirado, Rodríguez Tarduchy, que era falangista.

(16) Gil Robles no sólo coloca a Franco en un puesto clave para organizar la conspiración, sino también a los otros conspiradores: Fanjul es subsecretario del Ministerio; Mola, jefe del Ejército en Marruecos; Goded, Inspector General del Ejército, etc.

(17) El jefe integrista y el general hicieron una verdadera purga contra los oficiales liberales y de izquierda. Se trataba de establecer el «reino» de los africanistas.



Antonio Goicoechea, principal dirigente de «Renovación Española» (organización política de los monárquicos alfonosinos) y que llegaría a entrevistarse con Benito Mussolini con el fin de solicitarle ayuda para las derechas españolas. El «Duce» se mostró interesado por el restablecimiento de una monarquía fascista en nuestro país.

crisis ministerial de las primeras semanas de diciembre de 1935. El general Fanjul, sobre todo, está dispuesto a realizarlo el 9 de diciembre. Pero Franco no está aún decidido a seguir este rumbo, y Gil Robles teme convertirse en un prisionero de los militares (18): el jefe católico conservador no imaginaba que el desarrollo de la militarización, a la que contribuyó hasta el último momento, iba a destruir la CEDA y su papel como hombre político.

(18) Véanse las múltiples ambigüedades de Gil Robles durante esa etapa reflejadas en su libro de memorias «No fue posible la paz». Ediciones Ariel, Barcelona. Véase también a este respecto mi entrevista con el hombre de la CEDA en «Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969». Ediciones Sociales-Librería Española, París, 1969, págs. 545 a 567, y Aymá, S. A. Editora, Barcelona, 1977.

3.3. LOS GRUPOS FASCISTAS

El primer grupo fascista de cierta consistencia es el que se organiza en el semanario «La Conquista del Estado», donde su fundador Ledesma Ramos, un funcionario de Correos—explica sus puntos de vista sobre la eliminación de la lucha de clases y sobre lo que él llama el «nacional-sindicalismo».

Al mismo tiempo, un antiguo lector de español en Mannheim, Onésimo Redondo, aplica los contenidos de la ideología nazi a los aspectos españoles; es decir, «hispaniza» el nazismo dándole elementos católicos.

Estos dos fascistas crean un grupúsculo, las JONS (Juntas Ofensivas Nacional Sindicalista), con el que intentan difundir sus ideas en Madrid, y asimismo entre los campesinos de la provincia de Valladolid.

Pero los grupos fascistas no tienen verdadera importancia más que a partir de octubre de 1933, cuando José Antonio Primo de Rivera, hijo del (otro) dictador, pronuncia el discurso de fundación de la Falange, y se convierte en el federador de todos los grupúsculos. El acuerdo se concreta el 11 de febrero de 1934, y el nuevo partido se llama «FE de las JONS» (que significa Falange Española, sin duda, pero a la vez juega con el equívoco de la palabra fe (religiosa)).

La Falange tiene varios rasgos comunes con los partidos fascistas de Italia y de Alemania, pero sus principales características y funciones hacen de la organización española un fenómeno político muy diferente. Primordialmente es preciso observar que, en la primera etapa, al revés de los casos italiano y alemán, la Falange no

es un partido de masas (19). Por otra parte, es una cuestión clave —como analizo en las siguientes páginas— que, asimismo, al revés de lo que ocurre en Italia y en Alemania, en España es el Ejército el que domina todo el proceso, y que sólo **después** de la llegada al poder de los militares (y, sobre todo, al término de la guerra civil) los falangistas llegan a ser centenares de miles.

Como en Italia y en Alemania, los orígenes del fascismo español se encuentran también ligados a la organización de bandas armadas. José Antonio Primo de Rivera las legitima diciendo que «no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas», lo que es practicado por muchos falangistas, sobre todo en las primeras etapas del franquismo. Los organizadores de la bandas armadas eran militares retirados, como el coronel Arredondo y el coronel Rodríguez Tarduchy. Después, los grupos terroristas se encuentran bajo el mando de Juan Antonio Ansaldo, conspirador monárquico que quería utilizar la Falange en favor de la «causa» monárquica (20). Desde junio-julio de 1934, aumenta el número de militantes socialistas y comunistas muertos, lo que obliga a los partidos democráticos a organizar su autodefensa.

En su mayoría, los militantes de la Falange eran estudiantes, hijos de clases dominantes (aunque una ley de 1934 prohibía a los estudiantes ser miembros de los partidos políticos) (21). Los militantes

(19) En el momento de su fusión, la Falange dice tener un millar de militantes, y las JONS, trescientos.

(20) La Falange, como la CEDA, estaba fuertemente penetrada por los monárquicos, que además formaban el núcleo financiero.

(21) Stanley G. Payne en «Falange», pág. 69, parece dar como buenas las estadísticas oficiales siguientes sobre los



José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda durante la dictadura de Primo de Rivera, representante de la extrema derecha española durante la República, era quien tenía proyectos más concretos en favor de una monarquía fascista. Colaboró en la preparación del golpe de Sanjurjo y su muerte constituyó el pórtico de la guerra civil.

reales más numerosos, reconocidos como tales, eran los empleados (lo que hoy catalogamos como nueva pequeña burguesía, o «white collars» —«cuellos blancos»— duros). Cuando los falangistas crean «su» sindicato, la «Central Obrera Nacional-Sindicalista», **no tienen ni un solo obrero** (22).

En suma, la CONS no pudo hacer nada frente a la potencia de los sindicatos anarquistas (CNT) y socialistas (UGT). El núcleo ideológico oficial de la Falange, o sea el «nacional-sindicalismo», se caracterizaba precisamente por la falta casi absoluta de sindicato; es decir, de base sindicada.

En «coherencia» con ese núcleo, dieron otros elementos a su ideología, característicos asimismo del fascismo italiano y del alemán. José Antonio Primo de Rivera, que tuvo entrevistas con Hitler y sobre todo con Mussolini (23), hablaba, como sus militantes, un lenguaje «anticapitalista». En el programa de la Falange se «preveía» la reforma agraria y la nacionalización del crédito bancario; y en cuanto al Estado, debía ser el «instrumento totalitario» al «servicio» de la nación.

Las clases dominantes españolas eran, sin embargo, dema-

militantes en Madrid: «obreros y empleados, 431; empleados de oficina, 315; obreros especializados, 114; profesiones liberales, 106; mujeres, 63; estudiantes, 38; pequeños comerciantes, 19; oficiales del ejército, 17». Ahora bien, en una nota de la página 226, Payne pone de relieve de nuevo que los estudiantes componían la mayoría de los militantes de la Falange. En lo que concierne a los obreros, Payne también se contradice: ver la nota siguiente).

(22) Op., cit., pág. 54: la CONS «empezó sin ningún miembro», y pág. 55: «Antes de la guerra civil fueron incapaces de superar su evidente insignificancia».

(23) En su despacho, José Antonio Primo de Rivera tenía una fotografía dedicada del «Duce», junto a la fotografía de su padre, el dictador de 1923-1930.

siado limitadas políticamente para saber utilizar ese lenguaje de «izquierda» a fin de atraer a algunos sectores del proletariado y de la pequeña burguesía, y crear así un fenómeno político parecido a los de Italia y de Alemania. Ciertos sectores de la burguesía se tomaban en serio tales verborreas «revolucionarias» y, en principio, mostraban algún temor respecto a las declaraciones «antiburguesas» de los falangistas. Ahora bien, la mayoría de los representantes del capital financiero sólo consideraban a los falangistas como tropa de choque para la defensa de sus intereses (lo que, a fin de cuentas, fue el papel que jugaron).

El nacionalismo agresivo

como expresión típica del fascismo, es igualmente observable en España. Los rasgos del caso español muestran un fuerte impulso hacia el pasado: se trata de una obsesiva recuperación de «valores» nacionales antiguos, entre los cuales destacan los **símbolos monárquicos, católico-medievales**, militares e «imperialistas» (el recuerdo del imperio colonial perdido y, hasta cierto punto, la aspiración de su reconquista).

Por el hecho de la formación histórica de España, esos símbolos se encuentran a menudo imbricados. Todo ello nos demuestra cómo el fascismo español, aunque influido por el italiano y por el alemán, es **sobre todo, en sus contenidos**

y en sus formas, una reactivación de la ideología religiosa feudal, monárquica y absolutista.

En otras páginas (24) he puesto ya de manifiesto que algunos contenidos de tal ideología de las antiguas clases dominantes (nobleza) pasan a la nueva clase dominante (burguesía), aristocratizándola. Este es un aspecto clave de la crisis política que **afecta gravemente a la formación del Estado capitalista liberal**, durante buena parte del siglo XIX y hasta 1930. Tras el nuevo intento democrático-burgués de la II República, la crisis vuelve a acentuarse y podemos observar cómo **la ideología feudal se injerta en el movimiento ideológico coyuntural que triunfa en Europa, el fascismo, representado en España por la Falange**, partido que, sin embargo, como ya he empezado a sugerir, se encuentra **subordinado a las Fuerzas Armadas.**

No es, pues, nada raro (aunque la supervivencia de las ideologías medievales resulte siempre sorprendente) que en esa etapa (1933-1936) sea la CEDA el partido de la burguesía cuantitativa y cualitativamente poderoso, y la Falange sólo un grupúsculo. También es lógico que después (exactamente a partir de 1937), la CEDA desaparezca, mientras que la Falange se desarrolla: **ello se debe a que el falangismo representa mejor la coyuntura política.** Luego acabaremos de estudiar este proceso.

Es interesante subrayar aun algunos elementos de la ideología falangista a través del pensamiento metafórico de su fundador: «Queremos un Paraíso difícil, en erección, implacable; un paraíso a las



Tras la llegada del Frente Popular, Franco es apartado del puesto de jefe del Estado Mayor Central, dándosele un nuevo destino: el de Capitán General de las Canarias (la foto le muestra en su llegada a las islas). Franco «hace de rogar» su participación en el «alzamiento» para así obtener un mayor poder que el que debía corresponderle en principio.

(24) Véase mi tesis doctoral, *op. cit.*

puertas del cual se encuentren ángeles con espadas» (25).

«El fascismo es una actitud universal de retorno a la propia esencia (nacional)» (26).

Los falangistas pretenden construir un Estado totalitario que, a la vez, sea una mezcla de Estado feudal y una reactivación de la monarquía absoluta del siglo XVI, con análogos contenidos religiosos, militares e imperialistas (las «reivindicaciones» de este tipo se encuentran abundantemente documentadas en los textos de los falangistas de aquella época).

La participación de los falangistas en la sublevación se acuerda durante una entrevista que José Antonio mantiene con el general Mola el 29 de mayo de 1936 (27). Los dirigentes de la Falange quieren negociar a cambio de su apoyo, algunas condiciones políticas con los militares. Pero éstos las rechazan. La subordinación del partido a las Fuerzas Armadas no hace más que empezar.

3.4. LOS GRUPOS MONARQUICOS

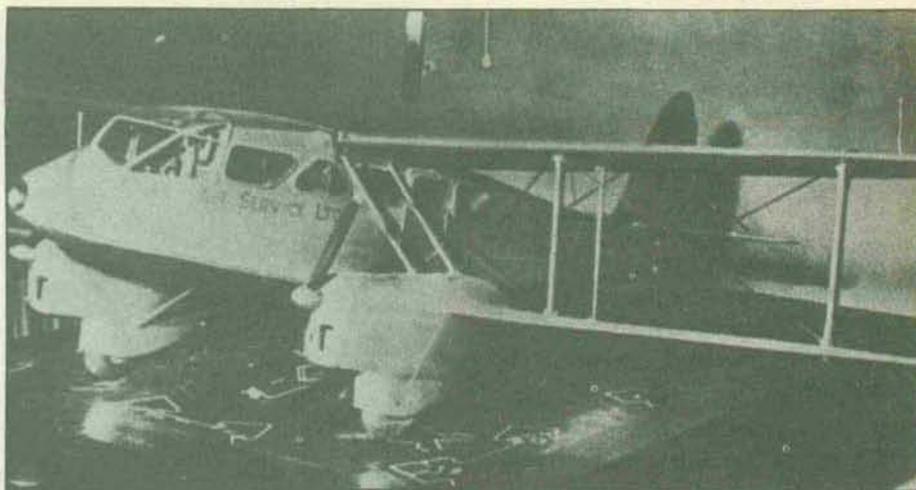
La tendencia a militarizarse se desarrolla también en los partidos monárquicos.

La «Comunión Tradicionalista» era el grupo de los carlistas. La ideología integrista se conserva con fuerza. En 1900, los carlistas todavía pedían el restablecimiento de la Inquisición y los privilegios de la aristocracia durante el feuda-

(25) José Antonio Primo de Rivera: «Obras», p. 566.

(26) *Idem*, pág. 165.

(27) Desde noviembre de 1934, José Antonio Primo de Rivera había estimulado el golpe de Estado hablando con oficiales, al tiempo que les advertía que era preciso organizar algo más complejo que una dictadura militar: es necesario decía, un «Estado nacional, integrador y totalitario» (Cfr. «Obras», págs. 313-321).



Comenzada la rebelión militar el 17 de julio de 1936 en Marruecos, Franco se traslada a las 18,30 horas del día siguiente hasta Tetuán con el fin de tomar el mando de las Fuerzas coloniales. Para ello utilizó este avión inglés («Dragon Rapide»), fletado a su servicio.

lismo. El rasgo «diferencial» de los carlistas respecto a los falangistas, en esta etapa, consistía en que, mientras que éstos tenían una cierta obsesión por recuperar el pasado, los carlistas permanecían todavía en el pasado.

Los carlistas no formaron bandas armadas: guardaban, desde el siglo XIX, una estructura militar; bastaba con reorganizarla un poco. Con el acuerdo de Mussolini, los carlistas enviaron a Libia algunos de sus militantes a fin de acentuar el entrenamiento militar. Entre tanto, el dirigente carlista Fal Conde, que ya complotaba con Sanjurjo (indultado por Gil Robles durante el «bienio negro», el general se había exiliado en Portugal), se entrevista el 16 de junio de 1936 con Mola a fin de concretar la coordinación entre las milicias de los carlistas y los militares. Los carlistas intentan, asimismo, subordinar la sublevación a sus intereses políticos monárquicos (28). Pero Mola establece sólo

(28) Los dirigentes carlistas también tenían ideas «muy claras» respecto a lo que debía ser un Estado de este período, en que el capitalismo se desarrollaba a pesar de todo. Por ejemplo, Víctor Pradera decía: «Nosotros hemos descubierto que el nuevo Estado no es nada más que el viejo Estado de Fernando e Isabel» (los «Reyes Católicos»). (Cfr.

compromisos vagos, que prácticamente no comprometen en nada el papel dominante del Ejército.

«Renovación Española» (RE) es la organización política de los monárquicos alfonsinos. Su principal dirigente era Antonio Goicoechea, antiguo miembro del partido clerical «Acción Popular» (que después se transformaría en la CEDA). Acompañado por el general Barrera, Goicoechea sostuvo una entrevista con Mussolini el 21 de marzo de 1934. El «Duce» se mostró interesado por el restablecimiento de una monarquía fascista en España (29).

Pero es Calvo Sotelo quien se convierte en el hombre clave de este grupo. Antiguo ministro de Hacienda durante la dictadura de Primo de Rivera, exiliado después en Francia, había recibido una fuerte influencia de Maurras; en suma, era Calvo Sotelo quien tenía

Raymond Carr: «España 1808-1939». Ediciones Ariel, Barcelona, 1968, pág. 618.

(29) En las notas de su entrevista con Mussolini, estos monárquicos aseguran que el «Duce» «estaba dispuesto a ayudar de todas las formas necesarias (...) Proponía suministrar inmediatamente 20.000 fusiles, 20.000 bombas de mano, 200 ametralladoras y 1.500.000 pesetas (...) Esta contribución no era más que un principio» (Cfr. A. London: «Espagne», op., cit., pág. 96).

Momento en que Franco recibe el nombramiento de «jefe del Gobierno del Estado español» de manos de la llamada «Junta de Defensa Nacional». La ceremonia tenía lugar en Burgos el 28 de septiembre de 1936, previo un dificultoso acuerdo de los generales que componían dicha Junta. Franco pasaba a ser «generalísimo», jefe único.

proyectos más concretos en favor de una monarquía fascista (30). Al retornar a España, crea (el 10 de diciembre de 1934) el grupo «**Bloque Nacional**» que incluye a los miembros de RE, a algunos carlistas y a los católicos conservadores que no estaban en la CEDA. Calvo Sotelo es el representante de la extrema derecha de ese momento, y se muestra asimismo muy activo en la preparación de la sublevación militar (en coordinación directa con Sanjurjo).

La noche siguiente del asesinato (el 12 de julio de 1936) del teniente José Castillo, un grupo de guardias asesina a Calvo Sotelo. Era el comienzo de la Guerra Civil.

3.5. EFECTOS DEL PROCESO DE SUBLEVACION ARMADA SOBRE LOS SUBSISTEMAS

El rasgo principal que demuestra la crisis PI de las clases económicamente dominantes, es su deseo de que los militares les resuelvan los problemas. Incapaces de conquistar **políticamente** el poder, los representantes del gran capital pretenden que los generales lo asalten por la fuerza, a fin de pasárselo luego a ellos. Tales pretensiones

(30) He aquí algunas muestras del pensamiento político de Calvo Sotelo: «La autoridad debe imponerse por no importa qué medio». Quería «la conquista del poder para estructurar un Estado auténtico, integrador y corporativo». Calvo Sotelo admiraba el régimen de Mussolini, pero pensaba que «el Ejército es la columna vertebral de la nación», frase que Franco repitió después a menudo.

iban, en parte, contra el proceso que ellos mismos habían empezado a desarrollar.

Los partidos y grupos conservadores se caracterizan porque **su contenido esencial no es político, sino militar**. La tendencia creciente no es a reorganizar su incapacidad e inestabilidad hegemónica a fin de entrar de nuevo en el Estado mediante unas elecciones democráticas, sino que **su tendencia es a reorganizar su PI en el seno mismo de las Fuerzas Armadas**.

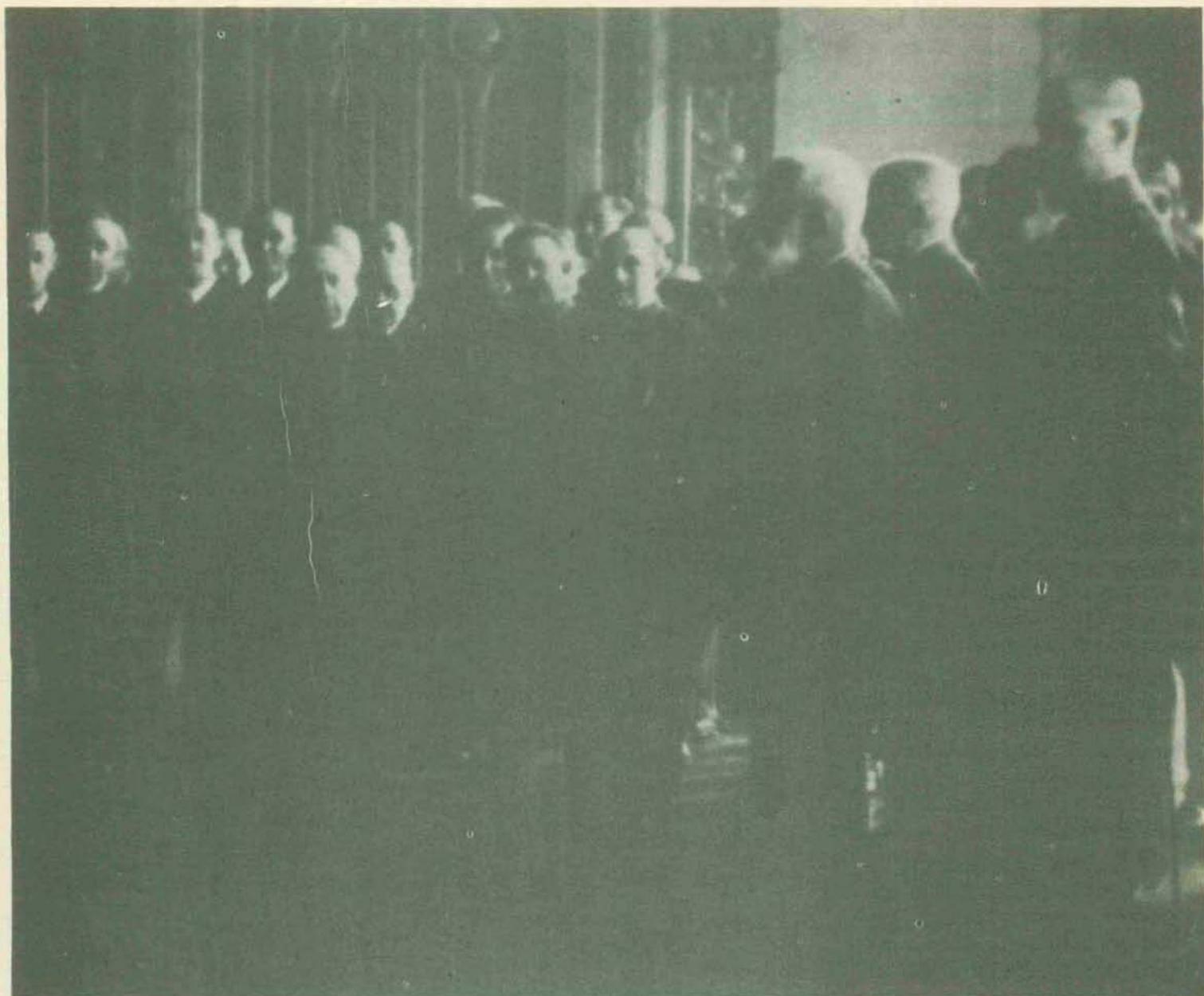
Más grave todavía: el aparato ideológico superior de estos partidos, la Iglesia, reactiva los contenidos militares de

la religión institucionalizada (contenidos, recordémoslo, muy fuertes desde la Reconquista (31). Los clérigos, salvo pocas excepciones, predicán la «guerra santa» contra los «rojos».

Si a tal dialéctica se añade la tendencia interna del Ejército a convertirse en un «partido político de nuevo tipo», tendencia que se practica desde

(31) Son numerosos los datos que demuestran la **marcha atrás PI** de los franquistas, o dicho de otro modo, la **reproducción de la ideología religiosa-feudal**. Otro ejemplo: R. Carr, *in op.*, cit., pág. 611, dice que los carlistas hablaban de la guerra civil como de la «**Tercera Reconquista**».





comienzos del siglo XIX, no podía esperarse otra cosa sino la transformación de ese «partido» en el Estado de dictadura en manos de un general. La militarización de los partidos conservadores es un hecho, sobre todo desde el estallido de la guerra. **Formalmente**, la subordinación de tales partidos a Franco se hace un año después. Mientras tanto, los generales tienen que resolver las contradicciones existentes entre ellos. Aunque el jefe «moral» de la rebelión es Sanjurjo y el coordinador en España, Mola, es Franco el hombre que destaca desde los primeros días.

La preparación del «alzamiento» avanza a través de la UME. Si bien en la Península los oficiales comprometidos son ya numerosos, es en Marruecos donde el Ejército se presenta como un bloque en el que casi todos sus miembros son favorables a la sublevación. Entre los africanistas se encuentran además algunos jefes que son, a la vez, falangistas exacerbados (32).

Franco que, entretanto, a

(32) Entre los cuales el principal es el teniente coronel Juan Yagüe, quien ya se había encargado de la represión de la insurrección de Asturias en 1934, represión dirigida por Franco.

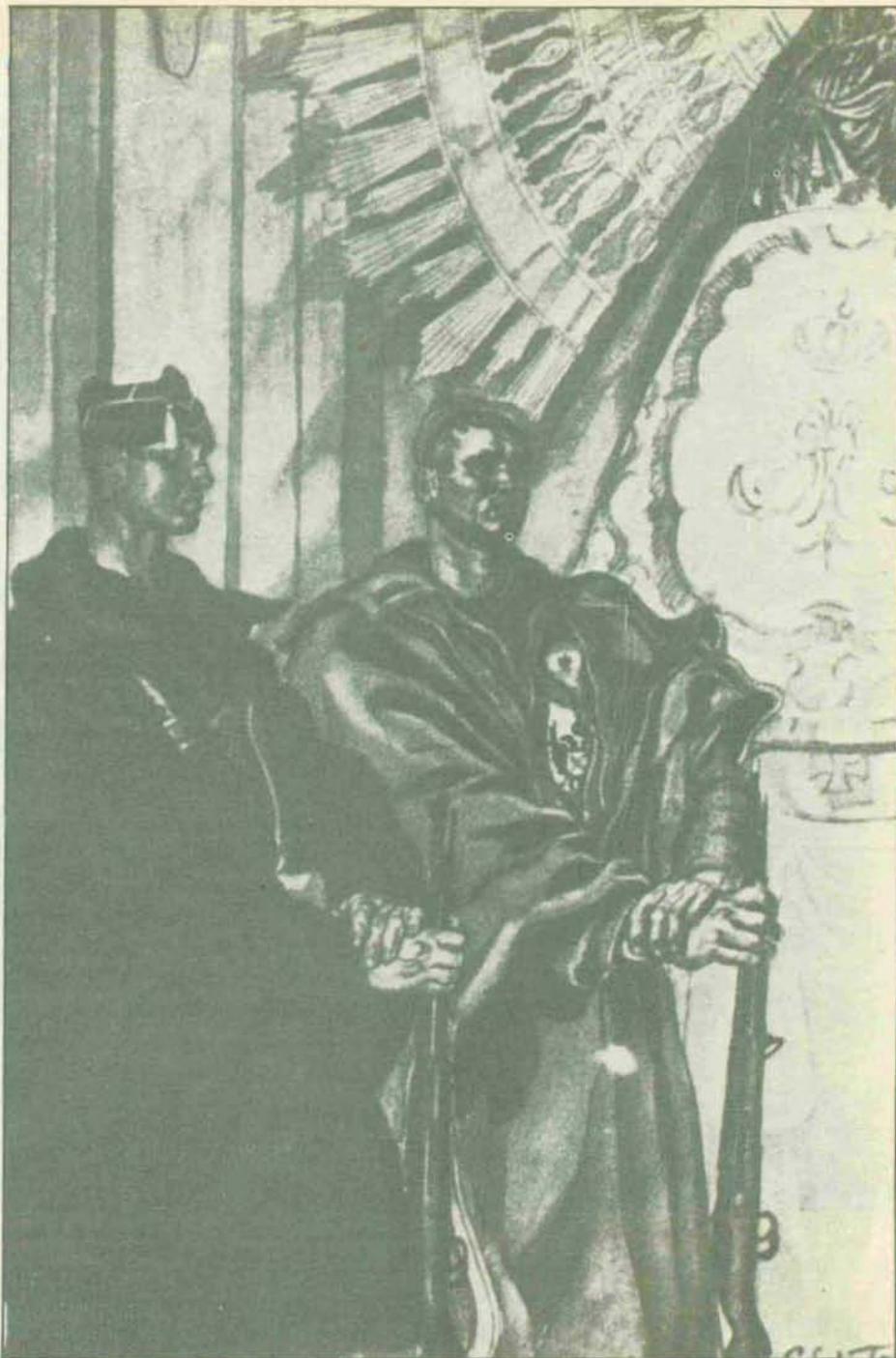
causa de la llegada al poder del Frente Popular, ha sido apartado del puesto de jefe del Estado Mayor Central y destinado como Capitán general de las Canarias, da ejemplos de su astucia. Parece vacilar, pero es una manera de hacerse rogar su participación en el complot, a fin de obtener más poder que el que podía corresponderle como jefe del Ejército de Marruecos. Mola sabe que sin la colaboración de Franco la sublevación no puede triunfar. Franco se informa constantemente de la situación, a través, entre otros, de Serrano Súñer (quien también tiene relacio-

nes con José Antonio Primo de Rivera). Franco da al fin su acuerdo, aunque a la vez continúa jugando oficialmente su papel de fidelidad a la República. En Marruecos la rebelión empieza el 17 de julio, matando a los oficiales que rechazan sumarse a ella. Franco habla por teléfono con Yagüe para asegurarse del éxito. Y el 18, a las 18,30 horas, un avión inglés especialmente fletado para él le traslada a Tetuán a fin de tomar el mando de las Fuerzas coloniales.

Pero hay que hacer pasar a esas Fuerzas a España. El problema con el que los franquistas se enfrentan es que los oficiales que se han sublevado en la Marina han sido aplastados por los soldados y los suboficiales. Franco, que ya tenía sus contactos con los nazis (33), envía emisarios a Hitler pidiéndole aviones; otras gestiones se hacen en Roma; y tanto los italianos como los alemanes deciden ayudar enseguida a Franco.

El Ejército de Marruecos controla pronto el sur de España y avanza por Extremadura hacia Madrid. Esto facilita la escalada del general rumbo al poder supremo. Tanto más cuanto que Sanjurjo quien estaba destinado a ser el futuro jefe del Estado, se mata en un accidente de aviación. Por otra parte, Mola, con el Ejército del norte, no consigue victorias tan espectaculares como las de Franco.

El primer órgano de dirección del «alzamiento» es la «Junta de Defensa Nacional». Creada el 24 de julio de 1936, está formada por los generales rebeldes a la II República bajo la presidencia del más antiguo, Miguel Cabanellas. Es el pri-



Una vez logrado el mando único militar, Franco se disponía a neutralizar a Falange y a la Comunión Tradicionalista en su provecho personal. Para ello, se vale del Decreto de Unificación de ambas fuerzas —publicado el 19 de abril de 1937—, de las que se erige como jefe supremo. Unificación que Sáenz de Tejada quiso «mitificar» de esta manera.

mer germen del Estado de dictadura militar, pero Franco no es todavía más que un general entre otros. Sin embargo tiene sus aliados, especialmente los

generales monárquicos Kinde-lán y Orgaz, que trabajan en favor de su candidatura. Dos meses después, comienza su carrera de «rey» absoluto.

4. La «Unificación»

Después de la formación de la Junta, Franco trepa rápida-

mente por las escaleras del poder; primero en el seno del

(33) Directamente con el almirante Canaris, y también a través del coronel Juan Beigbeder, agregado militar de la Embajada española en Berlín.

Ejército, o sea, por el lado decisivo. El 21 de septiembre de 1936, los generales deciden nombrar un **jefe único** para el conjunto de las Fuerzas Armadas. Kindelán vota el primero y lo hace por Franco. A continuación, todos reconocen el valor de la formación militar de Franco; sólo Cabanellas se opone al nombramiento. Mola, por otra parte, piensa que no se trata más que de dar a Franco la coordinación del mando militar. Pero después de esta fecha, ya es demasiado tarde para frenar la subida de Franco a su «trono».

Unos días después, el 28, los generales vuelven a reunirse para acordar el texto del nombramiento de Franco como «generalísimo». Kindelán lee el proyecto de Decreto:

«La jerarquía de generalísimo llevará anexa la función de Jefe del Estado, mientras que dure la guerra»... Sorpresa y protestas de los generales.

Pero al final se ponen (relativamente) de acuerdo debido a las necesidades bélicas. Cabanellas, sin embargo, introduce un matiz: se llamará a Franco «jefe del Gobierno del Estado español». Pero a continuación, Nicolás, el hermano de Franco, envía una orden a la imprenta diciendo que había que imprimir «Jefe del Estado».

El 1.º de octubre, Franco nombra de hecho su primer Consejo de Ministros, aun cuando lo llama «Junta Técnica del Estado». Los generales continúan ocupando los principales puestos, pero Franco ya empieza a hacer **combinaciones** más o menos equilibradas entre las más o menos diferentes **tendencias políticas**. En el fondo, Franco comienza a reducir todos los poderes y todas las fuerzas

ideológicas para tenerlas bajo su **mando personal**.

La CEDA ha dejado de existir como organización. Gil Robles se marcha al exilio. Serrano Súñer, antiguo dirigente de las JAP, es el consejero político de Franco. Por lo tanto, no se plantea ningún problema por ese lado. Como tampoco por parte de los monárquicos alfonsinos, que creen que Franco restaurará «su» monarquía (34).

Pero había que resolver diversos problemas con la Falange y la Comunión Tradicionalista, que se habían transformado en los «partidos» más influyentes porque, además, estaban compuestos de **tropas de choque**. Franco va a «unificarlos», neutralizándolos en su provecho personal.

Con los carlistas, el problema encuentra su solución de una forma bastante fácil. Su secretario general, Fal Conde, tiene el proyecto de crear una academia militar exclusivamente para los «tradicionalistas», según declara el 8 de diciembre de 1936. Los generales se oponen. Franco maniobra: necesita a los carlistas porque, por su fanatismo, son tropas excelentes, pero da la cabeza política de Fal Conde a los generales. El jefe carlista conspira contra el «generalísimo», pero pierde la batalla (es separado de la dirección de la Comunión Tradicionalista) (35).

(34) El general monárquico Kindelán le preguntó a Franco si estaba dispuesto a restaurar la monarquía alfonsina. Franco le respondió que era su «objetivo final». En este sentido, los monárquicos pensaban que ese objetivo iba a cumplirse al final de la guerra, lo que, como se demostraría, estuvo muy lejos de la realidad. El «final» era el que correspondía al fin de la vida de Franco.

(35) Faupel, el embajador alemán, cuenta que fue recibido por Franco el 11 de abril de 1937, y que le dijo que Fal Conde quería restaurar la monarquía carlista y que ello iba contra él: «Franco

Los falangistas plantean problemas más complejos, pero más fáciles que los problemas que Hitler y Mussolini tuvieron que resolver en el seno de sus partidos. La oposición falangista de «izquierda» contra Franco es poco significativa en comparación con las luchas antagonistas en el Partido Fascista y en el Partido Nazi.

Por otra parte, Franco tiene la «facilidad» de que el fundador de la Falange, detenido por los republicanos, es fusilado en la cárcel de Alicante el 20 de noviembre de 1936. Los falangistas, pues, están disputándose el puesto de jefe de su movimiento. Manuel Hedilla es el jefe provisional más influyente porque manipula hábilmente la demagogia «anticapitalista» (36). De modo que Hedilla es el principal obstáculo que Franco ha de vencer; y el general no duda en enfrentarse con él a pesar de que el dirigente falangista se encuentra, en cierta medida, apoyado por los italianos y por los alemanes.

El «Consejo Nacional» de la Falange se reúne el 18 de abril de 1937 para elegir su nuevo jefe. De los veintidós consejeros, ocho votan en blanco, cuatro votos van a otros tantos dirigentes falangistas, y diez se lo dan a Hedilla, trasfor-

me ha dicho que ha estado a punto de hacer fusilar inmediatamente a Fal Conde, por crimen de alta traición, pero que se había abstenido por miedo a que su gesto hiciera mala impresión en los Requetés» (Carta de Faupel del 14 de abril, en «Archivos secretos de la Wilhelmstrasse», tomo III, pág. 209).

(36) Herbert R. Southworth, en «Antifalange», págs. 205-206, cita varias declaraciones de Hedilla, quien, entre otras «perlas», decía: «Queremos un Estado fuerte, organizado militarmente (...) Una tarea es urgente: acabar con el marxismo. Nosotros haremos que la lucha de clases sea imposible (...) Nosotros atacaremos sobre todo al capital financiero (...) Nosotros haremos la reforma agraria verdaderamente (...) Falange quiere la revolución nacional».

mándose éste así en el máximo jerarca.

Pero las amenazas se cernían ya sobre Hedilla y sobre la Falange «auténtica». En efecto, Franco ya había decidido lo que se sabría un día después. El 19 de abril, se publica el texto del **Decreto de Unificación** entre carlistas y falangistas. Era un «acto unilateral» (37) de Franco, pasando por encima de la opinión de los falangistas. Hedilla, que parecía convencido de su papel como «Führer» español (38), rechaza prestarse al juego que le ofrece el dictador; ocupa un puesto honorífico como «presidente de la Junta Política» del partido. Durante tres días, los mensajeros de Franco tratan de hacerle reflexionar con «halagos y amenazas». Hedilla no cede, e intenta organizarse con sus falangistas a fin de hacer presiones sobre Franco. Pero el día 25 Hedilla es detenido, y Franco lo hace condenar, por un Consejo de Guerra, a dos penas de muerte. Sin embargo, el embajador alemán (39) y Serrano Suñer

(37) Según reconoció después Serrano Suñer. Cfr. «Entre Hendaya y Gibraltar», pág. 30.

(38) H. R. Southworth, op., cit., pág. 155, cita una declaración de Hedilla al corresponsal de la agencia alemana DNB: «Somos y nos sentimos consanguíneos con el fascismo italiano y con el nacionalsocialismo alemán y declaramos nuestra más abierta simpatía con estas revoluciones. Lo que no quiere decir, ni debe decir, que nuestro fascismo es una imitación. Es un fascismo nacido español, que quiere y debe seguir siendo español». Southworth cita también (pág. 230) las siguientes opiniones de Jean Creach, antiguo corresponsal de «Le Monde» en España: «Emborrachado por los halagos de los alemanes, Hedilla llegó a creerse fácilmente el hombre político del futuro, imaginándose que Hitler iba a conferirle el Gobierno de España». (39) Roberto Cantalupo, el embajador italiano, en «Fu la Spagna», págs. 165-166 y 197, sostiene que existían estrechos lazos entre los nazis y los falangistas; se trataba incluso de «asesinar» a Franco (o al menos, de «eliminarlo») para «dar todo el poder a la Falange». Faupel consideraba a Hedilla como «el

obtienen la conmutación de esas penas por la de reclusión a perpetuidad. En suma, la querrela de Franco con Hedilla (40), a pesar de que en un principio produjo fuertes tensiones con los sectores falangistas más intransigentes (otros fueron también a parar a la cárcel), es un incidente menor en comparación con las luchas internas de los nazis y de los fascistas italianos.

Al imponerse como jefe del partido único, Franco sabe cuán útil le será la combinación de la vieja ideología con la nueva: «La Falange aporta con su programa masas jóvenes, una propaganda de estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente; los Requetés aportan el depósito sagrado de la Tradición española, tenazmente conservado, con su espiritualidad católica.» Es el comentario que Franco hace a su Decreto. Después de haberse asegurado el control de las Fuerzas Armadas y del Estado, el general no puede tolerar que escape a su dominio un aparato ideológico cada vez más poderoso. La demagogia política de tipo fascista, mezclada a los contenidos de la ideología religiosa feudal, constituyen un instrumento clave como complemento de los combates estrictamente militares.

Franco dispone así de un «partido» para tratar de encuadrar políticamente a las masas (41). Además, empieza a orga-

único representante auténtico de los trabajadores», pero no pudo obtener la autorización de su Ministerio para protestar oficialmente contra el encarcelamiento del jefe falangista.

(40) Hedilla estuvo en la cárcel hasta 1941 (prisión de Las Palmas). Después fue «confinado» en la isla de Mallorca hasta 1946. Algunos meses antes de morir (6 de febrero de 1970), Hedilla declara: «Franco ha matado a la Falange en abril de 1937. Es imposible resucitar un cadáver.»

(41) Durante la guerra, la Falange aumentó mucho el número de sus militan-

nizar su Estado a la imagen, en parte, de las formas estatales de Italia y de Alemania. En sus entrevistas con algunos periodistas norteamericanos, Franco asegura que su Estado «se revestirá de las formas corporativas», que seguirá «la estructura de los regímenes totalitarios», pero hace observar que «para todo eso en nuestro país se encuentran la mayoría de las fórmulas» (42). Algunos meses después, insiste en que «la mayoría de las fórmulas modernas descubiertas en los países totalitarios, pueden ser encontradas ya incorporadas en nuestro pasado nacional» (43). En efecto, Franco está pensando ya en lo que va a constituir su realización estatal: **una mezcla de Estado totalitario con la reactivación de elementos de la monarquía absoluta**, en la cual los contenidos militares son dominantes.

Cuando Franco se refiere a los rasgos españoles que quiere incorporar al fascismo, no se equivoca sobre las características fundamentales del proceso histórico ni sobre la especificidad de la coyuntura. Tras el Decreto de Unificación, Franco ordena que todos los oficiales del Ejército pasen a ser automáticamente miembros de FET y de las JONS.

Franco tampoco olvida consolidar la alianza con la otra co-

tes. Hedilla hablaba de 150.000 falangistas (Cfr. Maximiano García Venero: «Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla». Ruedo Ibérico, París, 1967. Las estadísticas oficiales publicadas después de la guerra por la Falange, son las siguientes: 1936: 35.630 militantes; 1937: 240.000; 1938: 362.000; 1939: 650.000 (Cfr. J. Solé Tura: «Introducción al régimen político español». Ediciones Ariel, Barcelona, 1971, pág. 155).

(42) Entrevista con un corresponsal de la «United Press» en julio de 1937.

(43) Entrevista publicada el 26 de diciembre de 1937 en «The New York Times Magazine».

lumna fundamental del poder de las clases económicamente dominantes en España: la Iglesia. El clero apoya la sublevación, y el apoyo se acentúa con la publicación de la Carta colectiva de los Obispos españoles (1.º de julio de 1937). La guerra civil entre bloques de clases, se transforma en la propaganda franquista en una «cruzada».

Franco es convertido en el «enviado de Dios», y así el general utiliza la Iglesia como aparato ideológico, independientemente hasta cierto punto de la Falange y también articulando la hagiografía católica con los mitos falangis-

tas. La Iglesia santifica a los dirigentes políticos, y los muertos del bando franquista

son los «Mártires de la Cruzada», son los «Caídos por Dios y por España».

5. La subordinación del partido al elemento-jefe

La «solución» que Franco encuentra al problema de la diversidad de partidos conservadores no es, pues, política sino militar; es decir, en ese primer momento no se produce un proceso de **asimilación** ideológica por parte del general sobre el partido, sino

una **imposición** por la fuerza. A corto y a largo plazo, esta manera de proceder permitirá precisamente la reproducción PI autónoma de cada uno de los partidos o, cuando menos, de sus núcleos más fieles a sus ideas.

Ahora bien, a pesar de ello,



Manuel Fal Conde (a la izquierda, con boina), secretario general de la Comunión Tradicionalista, tenía el proyecto de crear una academia militar exclusivamente para sus hombres. Franco aprovechó la oposición de los generales a tal proyecto para librarse de Fal Conde, que sería separado de su cargo, dejándole así el camino libre para la Unificación.

el elemento ideológico-jefe avanza constantemente e incluso con rapidez, desarrollando, por encima de tales subsistemas políticos, la ideología del franquismo. Este crecimiento se hace desde el partido unificado, desde las Fuerzas Armadas, desde la Iglesia, desde los «mass-media» y, sobre todo y en su-

ma, desde las instituciones del Estado.

Por otra parte, las corrientes falangistas, integristas y monárquicas contestatarias, existen no sólo por la expresión de su **relativa oposición** a Franco, sino **principalmente** por su (a pesar de todo) **inserción** en un movimiento global político-militar que está do-

minado por Franco. Esto es: por muchas discrepancias que los falangistas, monárquicos, etc., tengan con Franco, nadie le discute la clave fundamental de sus vínculos políticos: el aplastamiento del otro bloque de clases y de los partidos políticos democráticos.

Frente a la amalgama dispar de falangistas «anticapitalistas» con monárquicos monopolistas y carlistas ultraclericales, el **estabilizador** y el **articulador** es el elemento ideológico personificado en Franco. Cada uno de tales factores heterogéneos se opone, relativamente, a los otros, sobre todo si se le deja ir completamente a cada cual por su lado; pero todos, por encima de los matices ideológicos particulares, se proclaman franquistas.

En España, la mayoría de falangistas, integristas y monárquicos son a la vez franquistas, pero hay también muchos franquistas que no son ni falangistas ni carlistas (44). Es más: mientras que durante las primeras etapas de la dictadura presentarse como falangista o carlista, etc., era una condición política importante respecto al régimen, ello es cada vez menos seguro a medida que los tiempos avanzan. Es decir, cada día es más decisivo (más convincente y más conveniente) para los políticos de las clases dominantes el confesar simplemente que ellos son **franquistas** «tout court».

Ello demuestra el gran efecto

(44) Desde los primeros meses de la guerra civil, ya hay gente que políticamente no quiere ser nada más que **franquista**. Por ejemplo, el coronel Castejón, a quien le preguntaron si era falangista o carlista, respondió: «Franquista. Sólo eso y ya es bastante».

Pero son numerosos los falangistas, monárquicos, etc., que proclaman, hasta el fin, su «**inquebrantable lealtad al Caudillo**»; por ejemplo, José Antonio Girón: Cfr. «La Vanguardia», Barcelona, 17 de noviembre de 1974.



«Franco ha matado a la Falange en abril de 1937. Es imposible resucitar un cadáver», declararía Manuel Hedilla unos meses antes de morir el 6 de febrero de 1970. El que fuera sucesor de José Antonio, se vio condenado a muerte por el «generalísimo» a causa de su oposición al decreto unificador, aunque tal pena le fuese finalmente condonada.

que produce el **culto al jefe**. Mientras que en Italia y en Alemania el jefe guardaba y desarrollaba el conjunto de elementos ideológicos, uni-formándolos con ilusiones que gratificaban a todos sus seguidores aunque en la **práctica**, unos (los representantes del capital financiero, por ejemplo) estaban más gratificados que otros (la pequeña burguesía), en España el jefe produce una nueva ideología, autónoma de los subsistemas políticos que le sostienen.

En el franquismo, los contenidos nacionalistas-tradiciona-listas son quizá más acentuados hacia el pasado que en el nazismo. Ahora bien, en España apenas se manifiestan (o sólo verbalmente) los elementos **racistas** (probablemente, porque en la sociedad española medieval ya hubo grandes batallas racistas, hasta la liquidación, la expulsión o la conversión de moros y de judíos).

Pero el rasgo más diferente del falangismo y del franquismo respecto al fascismo y al nazismo, es la intervención solemne, directa y pomposa de la religión católica en los quehaceres PI de la dictadura.

Ahora bien, como en lo referente a los otros subsistemas del franquismo, sobre la religión hay que hacer también una observación sociológica importante: todos los franquistas son católicos, pero muchos católicos no son franquistas (45). En resumen, que la religión y la Iglesia, aunque constitutivas del franquismo, continuaron, como las otras corrientes, su reproducción autónoma hasta entrar en contradicción con el régimen.

(45) Por supuesto, son asimismo numerosos los católicos que, ni siquiera durante la guerra civil, son ni falangistas ni monárquicos. En Cataluña, en el País Vasco, etc., ya existían entonces grupos importantes de cristianos progresistas.

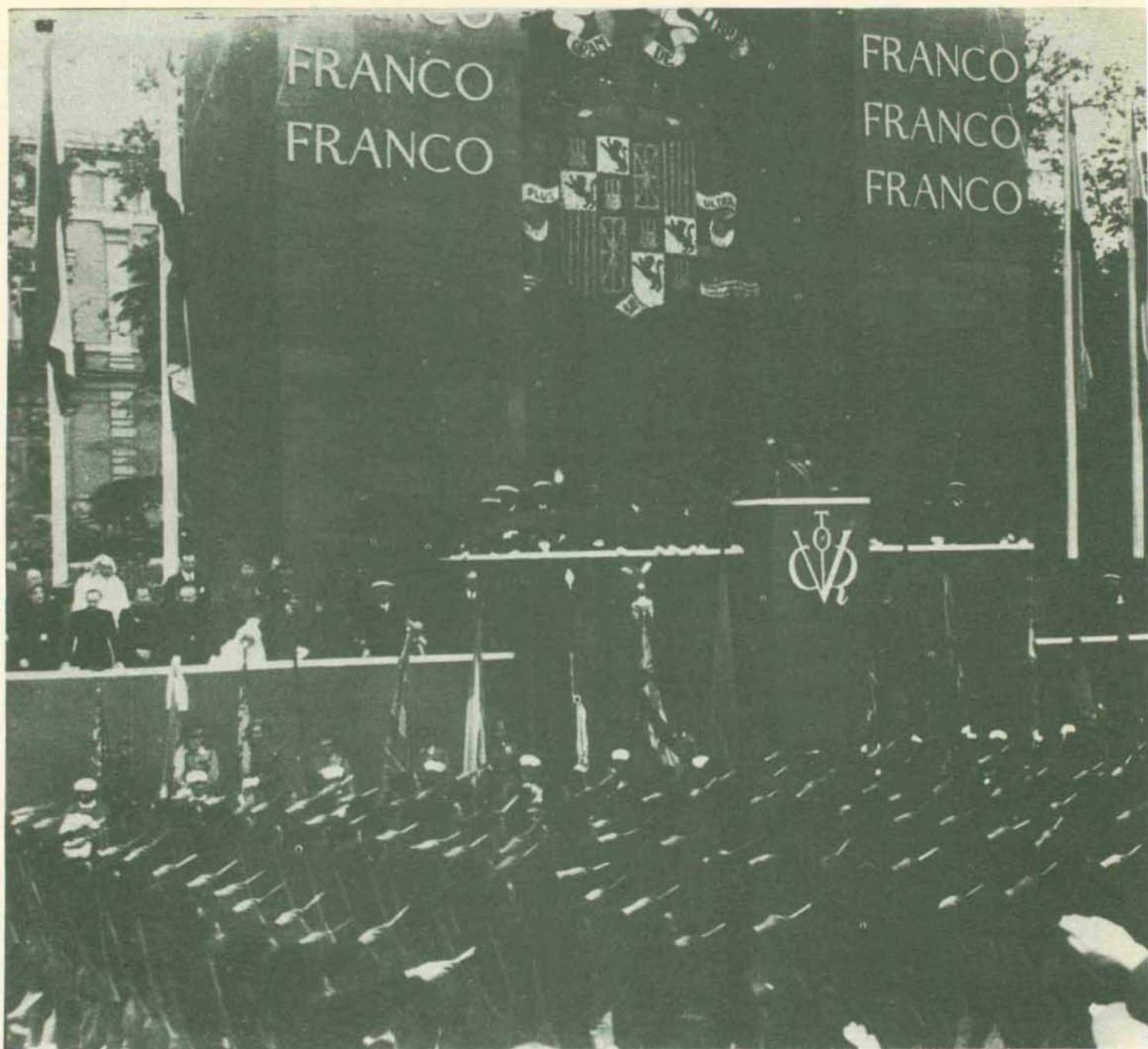


Tampoco olvidó Franco consolidar la alianza con la otra columna fundamental del poder de las clases económicamente dominantes en España: la Iglesia. El clero apoya la sublevación, lo que se acentúa con la publicación de la Carta colectiva de los Obispos españoles el 1 de julio de 1937. La guerra civil entre bloques de clases pasa a ser una «cruzada».

6. La creciente personalización ideológica desde el Estado

El elemento ideológico-jefe es, pues (como he **empezado** a poner de relieve en los anteriores análisis), un factor decisivo para la **articulación** de los subsistemas políticos ultra-conservadores de las clases dominantes españolas; al

mismo tiempo, tal elemento personificado en el «Caudillo» se desarrolla, en ósmosis característica con dichos subsistemas, como una nueva ideología «superior» (o, cuando menos, **general**) para **cuantos** se consideran «vencedores» al



final de la guerra civil: la **ideología franquista**, el **franquismo**, estrechamente imbricado a una concepción **patrimonial (privada) del Estado**.

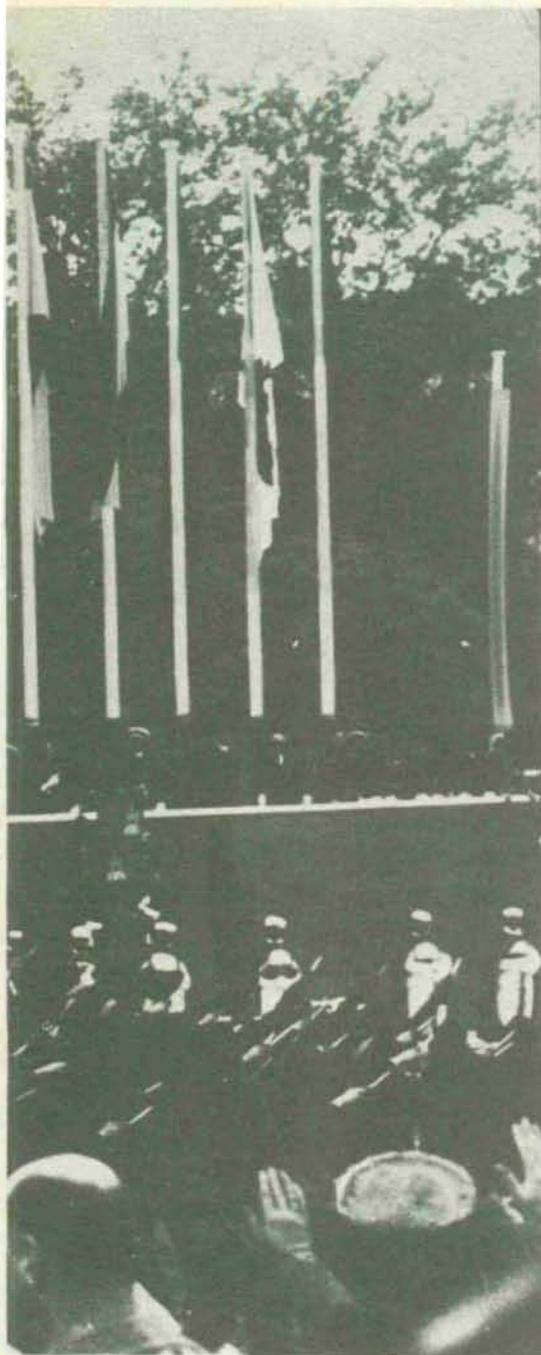
En efecto, tal elemento ideológico-jefe juega un papel determinante desde los aparatos estatales y, primordialmente, en cuanto se refiere a la formación de categorías sociales «reinantes» (en tanto que clanes, camarillas y, en general, como burocracia) del Estado y de sus instituciones complementarias.

Ahora bien, es muy importante observar con claridad —y con los siguientes análisis voy a «terminar» (provisionalmente, se entiende) estas **primeras proposiciones**— la forma en que ese elemento «socializa» su influencia PI en el Estado y en la sociedad. El primer punto que hay que poner de relieve es que tal «socialización» sólo socializa al nivel más primario. O sea, podemos considerar que su influencia es social puesto que tal elemento hace intervenir a

numerosas personas en las relaciones. Pero la intervención de esas individualidades se caracteriza por una actitud primitiva-infantil; esto es, por la **obediencia al jefe** y a los subjeses.

Dicho de otro modo: el elemento ideológico-jefe produce, directamente o-y a través de efectos complejos, la **personalización de las relaciones PI** (46), sobre todo a medida

(46) Quiero subrayar el lector no sólo la **gravedad del fenómeno de la personali-**



La ideología franquista se halla estrechamente imbricada a una concepción patrimonial (privada) del Estado. El elemento ideológico-jefe juega un papel determinante desde los aparatos estatales y, primordialmente, en cuanto se refiere a la formación de categorías sociales «reinales» del Estado y de sus instituciones complementarias. (La fotografía muestra la tribuna del «Caudillo» en el primer «Desfile de la Victoria» celebrado en Madrid. Todos los atributos formales del franquismo están aquí presentes.)

del «Führer» o del «Caudillo»: el Estado.

Mientras que en la sociedad civil el franquismo funciona como ideología (relativamente) dominante, y desde este punto de vista lo consideramos ideología «superior» a la par que eje organizador de los subsistemas políticos (en suma, «cemento» social entre católicos ultraconservadores, monárquicos y falangistas), no obstante cuando los franquistas avanzan en la aplicación de lo I a lo P, los contenidos y las formas sociales **se reducen** cada vez más. Y, al mismo ritmo, crecen de manera más evidente los elementos **personales** de las relaciones PI.

En todo caso, **bajo la dictadura no hay actividad política** (incluso cuando la «política» está limitada al plan administrativo de los altos funcionarios) **sin que tal actividad pase por uno u otro tipo de desarrollo de las relaciones PI personalizadas** (con uno u otro aspecto litúrgico en el culto al jefe).

La personalización se produce a través de los «subcaudillos»

cado de este término: «Poder y facultad de usar y disponer uno libremente de lo suyo»... «Territorio que un soberano o una república tiene bajo su dominación»... «Plenitud de los atributos que las leyes reconocen al propietario de una cosa para disponer de ella» (Cfr. «Diccionario Ideológico de la Lengua española», de J. Casares, de la Real Academia Española.)

Todo ello está relacionado con la concepción (que he señalado más arriba) patrimonial (privada) del Estado. Ahora bien, el Estado es (o debe ser) un organismo público, en manos de un bloque de clases, que hace concesiones a las otras clases, según el ritmo de las luchas que se producen entre ellas.

que se acercan al **dominio** (47) ultrarreservado del «Duce»,

zación de las relaciones PI, sino también su carácter antinatural, de aberración contraria a una verdadera relación y actividad política (democrática), que si bien se desarrolla en asociación ideológica con otras personas, ello no significa que se caiga en la subordinación, ni mucho menos en el culto, a tal o cual dirigente. Teniendo en cuenta estos fenómenos, que en cierto grado también pueden producirse en las sociedades y en los partidos democráticos, pienso que debe acentuarse cuantitativa y cualitativamente la relación crítica de los militantes con los dirigentes políticos.

(47) Sugiero que se consulte el signifi-

de unos u otros clanes del sistema, en dependencia directa con la supercamarilla de Franco, e incluso a menudo directamente con el propio general, sin intermediarios. Sea como sea, las camarillas de los «subcaudillos» no actúan nunca —y esto es una realidad no sólo durante la primera etapa, sino en todo el período de la dictadura, hasta la muerte del jefe— contra las normas explícitas o implícitas del dictador.

La personificación de las relaciones PI es también un efecto producido por las superestructuras típicas desde las que, principalmente, se propagan los elementos ideológico-personales del «Caudillo»; es decir, la personificación se acentúa debido a los suplementos de ideología autoritaria segregados por las instituciones más jerarquizadas que existen: la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

En suma, la personificación de las relaciones PI lleva a las **concentraciones** y a los **sistemas corporativos**, a partir de los cuales los agentes (bien) situados en las camarillas y en las subcamarillas crean sus redes de influencias y **sus zonas privadas (a pesar de ser públicas) de intervención en la formación social.**

Los fenómenos de la intervención del elemento ideológico-jefe no se reducen, sin embargo, a la primera etapa de la dictadura, de la que principalmente he tratado en el presente estudio. Hay que ampliar el análisis y la teorización del problema en los sucesivos períodos del franquismo, hasta 1975. ■ S. V.